

Tío Conejo y los caites de su abuela

De la nueva serie de *Los cuentos de mi tía Panchita*.

UN día estaba tío Conejo en la montaña, metiéndole mil birutas a tía Palomita Yuré, que lo oía sin pestañear: que él era hijo del rey y que vivía en un palacio de oro y plata; que su padre y su madre usaban una corona más alta que el palo en que estaba parada tía Palomita, con ser que era un palo de guanacaste; que tenía mil ochocientos criados y que cuando le hablaban se ponían de rodillas y le besaban los pies.

Estaba en lo mejor, y la otra con la baba caída, cuando sintió que le echaban garra por detrás y al mismo tiempo un vocerón gritaba:—¡Ah! tía Palomita Yuré, ¡tan vieja y en cartilla! ¿usté es capaz de comprarle las mentiras a este gran zamarro? ¿No ve que es tío Conejo, más conocido que la ruda?

Tío Conejo volvió a ver y se quedó sin resuello al toparse con tío Tigre, que le dijo:

—Hola, amigo, ¿qué hace Dios de esa vida? Ajá ¿con que te cogí asando elotes? Gran tal por cual, lo que es ahora te amolaste. Yo te contaré.

—¡Ah caballada!—pensó tío Conejo, ¡y la que me fué a pasar! ¡Aquí sí que no hay tu tía!

Por un si acaso y para ganar tiempo, se hincó con las manos puestas al frente de tío Tigre y se puso a rogarle:

—¿Idiai, tío Tigre, y eso qué es? ¿Acaso yo le he faltado en lo más mínimo? Hágame el favor de decirme si usté no ha sabido que yo siempre con todo el mundo no tengo en la boca sino buenas ausencias tuyas. Ayer cabalmente no me lo apié de la boca en todo el santo día: que tío Tigre sí que es valiente, que tío Tigre sí que nonis para brincar, que tío Tigre es muy gallo...

—Sí, callate labioso. Lo que es conmigo no la socás. Y dejate de andarme con vainas y ajesusiate porque estás en las últimas. Encomiéndelo a Dios, tía Palomita Yuré.

—Bueno, tío Tigre, ¡qué caray! Yo no le tengo miedo a la muerte. Veá, lo único que le pido es que vaya conmigo a mi casilla para disponer de los cuatro chécheres que tengo. Eran de mi abuela y al fin uno le tiene cariñillo a esas cosas, y no quiero que un particular vaya a ser el logrado.

—No, no, no. Ya te dije que a mí no me vengás con solfas. Quien no te conoce que te compre. Ajesusiate, te digo.

—¡Is! tío Tigre! No créf que fuera tan mal corazón. A un moribundo no se le niega un capricho, contimás una necesidad, como es dejar dispuestos los cuatro realillos y los cuatro chun-

ches que uno tiene. Mire, tal vez le guste alguna cosilla y entonces se la deja en mi nombre, lo mismo que la platilla: es una nada, pero de algo le sirve, aunque sea para candelas.

—Es que ya me has hecho muchas, confisgao.

—Veá, tío Tigre, vamos y si usté ve que me puedo safar, no me deja entrar.

Tío Tigre convino y se llevó a tío Conejo al trompicón.

Tío Conejo iba pensando en el camino: ¡Ay, tática Dios! Ayúdame, a ver como me las campaneó para salir de este apuro.

Llegaron a la casilla de tío Conejo y tío Tigre la registró minuciosamente por fuera, y cuando vió que sólo una puerta tenía y que no había otra salida por donde pudiera escabullirse, dejó a tío Conejo entrar y él se echó a la entrada, porque adentro no cabía.

Convinieron en que tío Conejo pondría las cosas en la puerta para que tío Tigre las tirara del otro lado y las fuera amontonando.

El encuentro

*Lo he encontrado en el sendero.
No turbó su ensueño el agua,
ni se abrieron más las rosas,
pero abrió el asombro mi alma,
y una pobre mujer tiene
su cara llena de lágrimas.*

*Llevaba un canto lijero
en la boca descuidada,
y al mirarme, se le ha vuelto
grave el canto que cantaba.
Miré a la senda; la hallé
extraña y como soñada
y en el alba de diamante
puse mi cara con lágrimas.*

*Siguió el camino cantando
y se llevó mis miradas.
Detrás de él no fueron más
azules y altas las salvias.
¡No importa! Quedó en el aire
estremecida mi alma,
y aunque ninguno me ha herido,
tengo mi cara con lágrimas.*

*Esta noche no ha velado,
como yo junto a la lámpara.
Porque él ignora, no muere
su pecho de nardo mi ansia;
pero tal vez por su sueño
pase un olor de retamas,
porque una pobre mujer
tiene su cara con lágrimas.*

*Iba sola, y no temía;
con hambre y sed, no lloraba:
desde que lo vi cruzar
mi Dios me vistió de llagas.
La madre en su lecho reza
por mí su oración confiada;
¡pero yo tal vez por siempre
tendré mi cara con lágrimas!*

GABRIELA MISTRAL

Tío Conejo se puso a hacer que hacía. Al ratito tiró un trapo más sucio que un terrón:

—Allá va el camisón de mi abuela. Si no le sirve, tírelo bien lejos.

Tío Tigre lo cogió con asco y lo tiró bien lejos.

—Allá van los fustanes de mi abuela. Si no le sirven, tírelos bien lejos.

Tío Tigre cogió el motete y lo tiró bien lejos.

En esto entrecerró los ojos porque hacía mucho sol.

—Allá van las enaguas de mi abuela. Si no le sirven, tírelas bien lejos.

Tío Tigre las cogió y las tiró bien lejos.

—Allá va la petaca de mi abuela. Si no le sirve, tírela bien lejos.

Tío Tigre la tiró bien lejos.

Tío Conejo se echó por el suelo y sacando las orejas gritó:—Allá van los caites de mi abuela. Si no le sirven, tírelos bien lejos.

Tío Tigre sin fijarse los agarró y tiró lo que era lejos.

Cuando oyó tío Tigre fué que le gritaron de un montasal:—¡Adiós, tío Tigre, me gusta que te caché!

Volvió la cabeza y iba viendo! los caites de la abuela que se las caiteaban por entre un potrero.

CARMEN LIRA

AUTORES Y EDITORES

EL maestro Lugones ha publicado en «La Nación» de Buenos Aires, estas letras:

Procedente de una pretendida Biblioteca Ríoplatense ha circulado entre los libreros el siguiente prospecto anónimo:

«Las Montañas de Oro», por Leopoldo Lugones. Acaba de ser impresa en buen papel y conservando la misma ortografía.

«Se halla en venta en todas las librerías de Buenos Aires y Montevideo al precio de \$ 1.50 m/n. argentina y de \$ 0.60 oro uruguayo. Se atienden pedidos por carta previo envío de su importe respectivo o contra reembolso, debiendo dirigirse la correspondencia al director de la Biblioteca Ríoplatense, calle Buenos Aires 214, Montevideo. Precio neto para los libreros, \$ 1.10 m/n. argentina».

Trátase de una edición clandestina que constituye un verdadero robo y que sólo ofrece al lector un texto trunco y lleno de errores.

Como por falta de no sé qué instrumento diplomático, ley, decreto o lo que sea, este atentado goza de impunidad legal en el vecino país, entrego su divulgación a la prensa honrada y confío su represión a mi gallarda amiga la